

Antonio  
Rivero  
Taravillo

Macedonia  
de rutas

P

Paréntesis

**FRAGMENTO**

Colección Umbral

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

*Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo*, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

*Misión en Bucarest y otras narraciones*, AGUSTÍN DE FOXÁ

*El Domador*, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

*Los agujeros negros*, AQUILINO DUQUE

*El aprendiz de emigrante*, ROBERT LOUIS STEVENSON

*Cartas de Nueva York*, JOSÉ MARTÍ

*Percusión*, JOSÉ BALZA

*La transformación*, FRANZ KAFKA

*El salvaje de Borneo*, ALFREDO TAJÁN

*Las penas del joven Werther*, JOHANN WOLFGANG VON  
GOETHE

*Ardeviejas*, CARLOS JURADO CABALLERO  
*La ninfa y otros relatos*, RUBÉN DARÍO  
*El último abencerraje/ Atala/René*, FRANÇOIS RENÉ  
DE CHATEAUBRIAND

• **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA  
*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN  
*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ  
*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO  
*Hildur*, TONI MONTESINOS  
*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO  
*La maldición del cronista*, MARC GUAL  
*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA  
*Horas para Wallada*, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ  
*El año de Malandar*, JUAN VILLA  
*La carpa de oro*, CHARO PRADOS  
*El hombre encuadernado*, BRUNO MESA  
*Mi vida sin Eva Gundersen*, MANUEL J. RAMOS ORTEGA  
*El libro del sabor nuevo*, ELENA RODRÍGUEZ  
*Campo de minas*, CÉSAR ROMERO  
*Cambio de sentido*, MAR GÓMEZ GLEZ  
*Dieste*, MARIO GÓMEZ LÓPEZ  
*Andábata*, OLGA BERNAD  
*La línea de asfalto*, MANUEL G. SÁNCHEZ-CAMPILLO  
*Premonición*, PEPE CERVERA  
*Los diarios de Regent Street*, ANDRÉS GONZÁLEZ-BARBA



Antonio Rivero Taravillo es autor de dos libros de viajes anteriores, *Las ciudades del hombre* (1999) y *Viaje sentimental por Inglaterra* (2007), además de, entre otros títulos, los poemarios *Farewell to Poesy* (2002) y *El árbol de la vida* (2004). Su *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)* obtuvo el Premio Comillas de Biografía (2007), y sus versiones de *Poemas* de John Keats el Premio Andaluz a la Traducción en su primera convocatoria (2005). Ha traducido, además de varias novelas, a los más importantes poetas de lengua inglesa, así como antologías de poesía gaélica irlandesa y escocesa.

<http://fuegoconnieve.blogspot.com>

## EL FORASTERO

### El forastero

Desciende del avión abreviando todos los trámites, pues no trae equipaje y sus zapatos, como las aladas sandalias de Mercurio, parecen dotados de una rara celeridad. Coge el autobús del aeropuerto y enfila la autopista y las principales avenidas que lo van acercando al centro de la ciudad.

Lo que eran unas primeras gotas indecisas ya se vuelcan con resolución desde un cielo encapotado, y le conforta ligeramente la idea de que aún falta un rato hasta el fin del trayecto, pues de bajarse ahora quedaría calado hasta los huesos. Hunde los de la espalda en el asiento, y sus ojos en las calles que van desplegando ante él una abigarrada galería de novedades: comercios nunca antes vistos, rótulos en otro idioma, anuncios de realidades ajenas a su ciudad nativa.

Como era de esperar, el chaparrón arrecia justo en el momento en que el autobús llega a su término, y mal que bien él logra resguardarse bajo unos soportales que trazan el perímetro de una tienda en la que, resignado, entra a comprar un paraguas. Luego callejea, con más leve o intensa lluvia, haciendo tiempo hasta que llega el momento de su cita. El forastero ha venido por un asunto de trabajo, pero aún le queda una hora de ociosidad, que ocupa en empaparse, literal y figuradamente, de la ciudad cuyo mojado suelo sus pies pisan.

Siente un alborozo no del todo atribuible a la lluvia, el mismo que esta le regalaba cuando era niño; se deja ganar por la caricia que le hace a su cerebro sentirse perdido en el bullir de la gran ciudad, cruzarse con historias que no serán la suya, ver rostros (algunos muy hermosos) con los que no volverá a toparse nunca y que por consiguiente, no comprobará cómo se desfiguran: cuando esas caras no se reconozcan ya ante sus espejos, en un hueco de la memoria del forastero, aunque olvidadas, aún serán jóvenes y atractivas. Recuerda unos versos de Pound, escritos a partir de una visión en una estación de metro: «La aparición de estos rostros en la masa, / pétalos sobre el negro de una rama mojada». También, el final de un soneto de Seamus Heaney que tradujo hace mucho, cuyo último verso habla de «el friso de un común anonimato», un anonimato en el que hoy se siente esculpido deambulando por las calles de la populosa acrópolis.

Al cruzar por un semáforo, el encanto se deshace: «¡A ti te conozco yo!», exclama una voz bajo un paraguas cuyas varillas se rozan con las del suyo, y con tacos y un apretón de manos se saludan él y el espectro del conocido que también está de paso. El castillo de naipes de su solitario se desparrama, húmedo, sobre la acera. Se equivocaba; era una gran ciudad, no un desierto.

# ISLAS

## Retorno a Playfair

No fui allí particularmente feliz, pero sí que en aquel lugar se cumplió en mí un ritual de madurez; por primera vez me sentí independiente y libre, lejos de la familia y de la patria.

En los meses de julio y agosto de 1986, residí en uno de los *halls of residence* de la Universidad de Edimburgo. Se llamaba Playfair, y junto con otros tres edificios asomados al mismo cuadrángulo constituyó el escenario de muchos días de libertad y estudio, tantas veces agua y aceite y que por una vez, sin embargo, se mezclaron en mí.

Allí comencé un ensayo sobre Dante Gabriel Rossetti, mis estudios de gaélico, leí mucho, dormí más, traduje un tanto. Me acostumbre al chillido de las cornejas cuando amanecía a las cuatro de la mañana, y aprendí unos pasos de baile en el transcurso de un *cèilidh*, una de aquellas fiestas tradicionales que muchas noches se celebraban, regadas por Tennent's o McEwan's, cervezas locales.

Hace unos días he regresado a la ciudad, tras tres lustros de ausencia y de derrotas. La última tarde, como para conjurar a un fantasma del pasado, me decidí a regresar a Playfair. La larga caminata desde mi hotel de Charlotte Square, en la Ciudad Nueva, en el norte, hasta las inmediaciones de Craigmillar, al sur de Edimburgo, fue poniendo ante mis ojos las mismas calles que recorría cuando era estudiante, las mismas y escasas tiendas, las muchas manzanas de casas unifamiliares y *beds and breakfasts* con el cartel de «Completo». Al llegar a la bocacalle que llevaba al viejo *hall*, los pies giraron de manera automática, y fui reconociendo las inmediaciones de lo que había sido mi casa en Edimburgo. La verja estaba abierta, y me adentré en el lugar: Buchanan a la izquierda, las pistas de tenis a la derecha,

los otros dos *halls* y, al fondo, la silueta majestuosa de Playfair, cubierta por la hiedra en muchas partes de su fachada.

En el rectángulo que había sido un cuidado prado, las malas hierbas campaban a sus anchas, en algunas zonas hasta llegar a la cintura. Buchanan Hall estaba vacío, con un polvo de mucho tiempo en los cristales, tras los cuales se lo veía despojado de muebles, muerto, abandonado. Una tarde similar de hacía quince años, jóvenes de muchos países nos aprestábamos para la cena, volvíamos de una biblioteca, nos arracimábamos junto a su piano. Todo estaba desierto. Me quedé mirando Playfair, a cien yardas de mí. No quise dar un paso más. Di la vuelta y salí a la calle. Cuando abandonaba el recinto, la furgoneta de un portero atravesó la verja. Se detuvo. El hombre bajó y echó un cerrojo. Tuve ganas de decirle, conmovido, lo que a él no le importaba: que había sido joven entre aquellos muros.

## El museo de las lágrimas

Canongate, en la acera de la izquierda conforme se baja de la Royal Mile hasta el palacio de Holyrood: bajo unos soportales, el museo de las lágrimas.

Hay muchas librerías de segunda mano por esos mundos de Dios; pocas de tanto encanto como esta de Edimburgo, donde todos los volúmenes a la venta lo son de literatura infantil. Estantería tras estantería, el adulto puede recordar aquellos libros que maltrató descuidadamente en su infancia, los mismos que hoy, con emoción, quiere acariciar, sabiendo que el llanto que amenaza con anegar sus mejillas brota por los años irrecuperables. Se entra allí por curiosidad, y adonde en realidad se entra es en las cámaras más remotas de la memoria y el corazón. Allí, los libros con los que aprendimos nuestras primeras letras, sus textos y sobre todo sus dibujos, de repente libres del polvo de décadas y de las telarañas de la edad. Los cuentos con los que conocimos el hedonismo de la lectura.

Los clásicos con los atravesamos el desierto de la pubertad y la primera adolescencia. No importan los idiomas. Noddy es Hilitos, y su gorro azul es idéntico en Andalucía o en Escocia. También Babar, el elefante de libros gigantes como él mismo. Y Potter, Beatrix Potter, una antepasada de Harry en las preferencias de los niños, despliega toda su idílica fauna antropomórfica vestida a la moda victoriana. Así la rebotante magia de los cuentos de hadas, o las aventuras de los Cinco o los Siete Secretos.

La clientela de esta librería la componen personas mayores que desean recobrar la magia de lo que ya no volverá; niños hay pocos, estos prefieren, hasta en una sociedad tan conservadora como la británica, otros personajes, libros más vistosos, las nuevas generaciones de héroes infantiles. La mujer que regenta el local no tiene caja registradora y sólo usa bolsas de papel marrón, probablemente el resto de una resma que sobró de la última guerra. Con cuidada caligrafía, los precios vienen expresados en libras, pero no se extrañaría uno de verlos reflejados también en chelines, la moneda circulante por tantos de los relatos que pueblan los anaqueles.

H. G. Wells ideó una máquina para viajar por el tiempo. Su libro, con dibujos a plumilla, está presente aquí entre tantos otros que, apelando a la sola maquinaria de los sentimientos y la memoria, devuelven la inocencia preterida. Si entre las páginas de un libro fuimos felices, qué alegría teñida de congoja no nos viene de nuevo al retomarlos.

## Pintas y Literatura

«Whiskey, eres el demonio», canta una balada irlandesa. Yo, por apartarme del maligno, prefiero arrojarme en brazos de la diosa cerveza. Y en Londres siempre es posible hacerlo al abrigo de la literatura. Dispuesto a tomar unas cuantas pintas por entre los renglones de la ciudad, me dejo caer por donde la

*City* empieza. Allí, Ye Olde Cheshire Cheese, pub de aliterativo y arcaico nombre (*Ye* es forma añeja del artículo *The*), concita muchos recuerdos de escritores. Está en Wine Office Court (lugar donde vivió Oliver Goldsmith, el autor de *El vicario de Wakefield*), pasaje que sale de Fleet Street. De aspecto tan antiguo como su nombre, el lugar, una topera llena de barras y salas en un dédalo de escaleras y estancias irregulares, fue muy frecuentado por el Doctor Samuel Johnson, cuya monumental biografía, obra de Boswell, se acaba de publicar por vez primera íntegra en español. Fue Johnson hombre de apetitos y curiosidades infinitas, autor del paradigmático *Diccionario de la Lengua Inglesa*. En la planta baja, una placa señala dónde acostumbraba a sentarse, y su empelucado retrato luce, alto como él era, junto a una chimenea.

El Cheshire Cheese se construyó tras el gran incendio de Londres de 1666 sobre un lugar que había albergado varias tabernas. De su longevidad da cuenta un panel que a su entrada enumera los quince monarcas que han reinado durante su existencia, y en estos siglos ha atraído, además de a Goldsmith y Johnson, a Yeats y la caterva de poetas malditos del llamado Rhymers Club, con Lionel Johnson y Ernest Dowson a la cabeza. Yeats se dirige a ellos en un poema de *Responsabilidades* (1914), y Ezra Pound refiere en un verso de *Hugh Selwyn Mauberley* (1921) cómo Lionel murió tras caerse de un taburete en un pub, se supone que en este mismo establecimiento. También se veía por aquí a Oscar Wilde (a quien sin embargo le disgustaba el sitio y sacaba a sus contertulios a cenar a otros lugares), Chesterton y Dylan Thomas, que frecuentaba la estancia conocida como The Chop Room, «el cuarto de las chuletas». Es el reino de las maderas oscuras y los techos bajos, entre huellas de Dickens o Thackeray... Las bodegas se remontan al siglo XIII, cuando se levantaba en el lugar un monasterio carmelita.

Hay buena y contundente comida tradicional, y las cervezas, el amante de ellas lo agradecerá, no son de las marcas omnipresentes, sino de fabricación propia, de la cadena Samuel

Smith, originaria de ese paraíso del lúpulo que es Yorkshire. La que fuera casa del otro Samuel (Johnson) está a unos pasos en Gough Square, y se puede visitar. También está cerca, en Fleet Street, Ye Old Cock Tavern. El que ahora se levanta en el número 22 ha venido a sustituir al original, que se encontraba justo enfrente, demolido en 1887. Entre la clientela del viejo se contaban Samuel Pepys, Dickens y Tennyson. Entre la del nuevo, T. S. Eliot. Su interior, tras un incendio sufrido en 1990, no guarda mucho interés, de forma que sin detenerme continúo mi periplo.

Volviendo por The Strand, en Northumberland Street, The Sherlock Holmes saca mesas a la calle, en las que si no llueve se puede dar cuenta de uno de los relatos protagonizados por el famoso detective. Tomo otra pinta. En la primera planta se reproduce lo que sería la salita del 221b de Baker Street, en cuyas estanterías se apilan libros y frascos con productos químicos propios del doctor Watson. Los personajes de Sir Arthur Conan Doyle figuran en las vidrieras esmeriladas, y un retrato del autor preside una de las salas.

Luego, cuando la noche empieza a animarse, dirijo mis pasos a Fitzrovia y a la fachada de madera bajo un edificio de ladrillos rojos de The Fitzroy Tavern, donde solía ponerse ciego uno de los más redomados alcohólicos de la literatura, y ha habido muchos. Dylan Thomas escribía aquí poemas en esos mantelillos de felpa sobre los que rezuma la cerveza, los cuales luego regalaba sin pensárselo mucho, y también abrevaban aquí George Orwell, Virginia Woolf y George Bernard Shaw. Su edad dorada fueron los años cuarenta del pasado siglo. Otros pubs de la zona son The Marquis of Granby y The Wheatsheaf, ambos frecuentados por el ubicuo –o si se me permite el neologismo, publicuo– Thomas.

Más al sur, en un local con flores de lis como corresponde a su nombre, el French House de Dean Street, en el Soho, es un bar renombrado por su sidra venida del otro lado del Canal de la Mancha. Aquí sedujo Rimbaud a Verlaine, «rara pareja», como se refiere a ellos el poema de Cernuda «Birds in the Night», que

rememora la colocación de una placa donde estos habitaron más al norte, en Camden Town. Fue centro de la Resistencia Francesa en Londres, y aquí estuvieron a punto de irse al traste las hipnóticas voces de la obra de teatro de Dylan Thomas, *Under Milk Wood*. Corría el año de 1953, el penúltimo de su vida, y el poeta estaba ebrio, como casi siempre, así que no es de extrañar que perdiera el manuscrito. El dueño, el gallo Gaston Berlemont, encontró el texto debajo de un asiento a la mañana siguiente y se lo devolvió al galés. Otra versión cuenta que lo halló un productor de la BBC a quien Thomas dijo que si lo encontraba podría quedárselo. Y lo hizo, embolsándose al venderlo la suma de 2.000 libras de la época.

En Greek Street también sienta sus reales The Pillars of Hercules: el pequeño pub aparece citado en *Historia de dos ciudades*, de Dickens, y fue frecuentado en fechas recientes por novelistas como Martin Amis, Ian McEwan y Julian Barnes. No hay que confundirlo con otro del mismo nombre mencionado profusamente en los *Diarios* de Pepys. En la misma calle, The Coach and Horses, donde acaba el recorrido y donde me aventuro a entrar a tomar la penúltima, ahora que se ha jubilado el que se reputaba como el dueño de pub más lenguaraz y grosero de Londres.

A veces, al beber uno se vuelve locuaz. Otras, taciturno. Yo converso con mi voz interior, que me aconseja que me retire. El local rebosa como una pinta mal echada. Es hora de regresar a la habitación del hotel y sufrir la mirada del despechado y celoso minibar.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.